500

PARAULES PRÈVIES

Tens a les teves mans 500. 500 és, segons la premsa i la policia, el número d'antisistemes (independentistes revolucionaris i anarquistes) que van liderar a setmana de greus aldarulls que van tenir lloc a Barcelona, entre altres localitats de tota Catalunya, entre els dies 14 i 19 i, especialment, els del dia 18.

La intenció d'aquesta publicació es fer una petita pausa, després d'unes jornades una mica alterades, per reflexionar i analitzar sobre per què i com s'han anat succeint les mobilitzacions i els enfrontaments als carrers de Catalunya arrel de la sentència del procés. També volem donar importància a un endèmic enemic: l'Estat, expressat actualment en la democràcia i els seus valors. Pensem que qualsevol tipus d'Estat, qualsevol govern, és enemic de qualsevol individu i les seves capacitats, ja sigui aquest en monarquia o república, capitalisme o socialisme, si hi ha Estat, hi ha explotació i repressió. L'Estat encarna l'autoritat i de tota autoritat possible, la més dolosa és la democràcia, no solament com a sistema polític sinó també com a conjunt de valors. Tolerància, civisme, pau social, diàleg, pacifisme, llei de majories, delegació...no són més que enganyifes per fer-nos passar per l'anella de la submissió.

Pensem que la revolta viscuda dies enrere a Catalunya, ha estat tenyida en gran part per aquestes qüestions, sostenint en part aquests valors, i pensem que s'ha d'acabar amb aquests i portar l'enfrontament més enllà si realment volem conquerir la nostra autodeterminació tant individual com col·lectiva.

Aquesta publicació que tens entre les mans, bilingüe i apàtrida, aspira a posar sobre la taula unes reflexions esmolades sobre el que s'està vivint a deia d'avui al territori català, perquè tant aquest, com la resta de territoris, puguin arribar a ser en algun moment, realment ingovernables.

¿QUÉ HA PASADO?

El ser humano esta más dispuesto a sufrir, mientras que los males sean tolerables, que a enmendarse a sí mismo mediante la abolición de las formas a las que está acostumbrado
Thomas Jefferson

Por todo el mundo (y casi literalmente) es sabido que desde el 14 de octubre de 2019 y hasta el 19 de octubre, con algunos otros repuntes esporádicos días después (27 de octubre,…), ha habido algo de jaleillo en toda Catalunya; principalmente en Barcelona y Girona pero también en Lleida, Tarragona, Sabadell, etc. Especialmente bullicioso ha sido ese jaleillo en la ciudad condal, hasta tal punto que los mossos d'esquadra lo han calificado como el mayor altercado al que han tenido que enfrentarse en toda su historia (y eso que se fundaron en 1721). Pero ¿todo el mundo sabe qué es lo que ha pasado realmente? Más allá de un recuento o descripción de sucesos, lo que aquí pretendemos es explicar claramente (siempre bajo nuestro criterio, obviamente) qué es lo que ha sucedido para que se haya desatado una ola de violencia por todo el principat (o la autonomía catalana, según quién te lo cuente) de una magnitud tal, que no se conocía desde por lo menos los años setenta.

Lo que ha ocurrido en Catalunya, y en especial en Barcelona, ha sido básicamente una revuelta anti-estatal y anti-policial. No una revuelta anti-estatal en genérico (aunque algo de eso también ha habido) sino más bien una revuelta contra el estado español y sobretodo contra los aspectos más opresivos y represivos de éste, y una revuelta anti-policial, en el sentido de que es contra quien más se ha focalizado este descontento al ser la policía (mossos y nacional) los guardaespaldas de los gobernantes, tanto españoles como catalanes, auténticos responsables, aunque no solo, de los motivos que han llevado al levantamiento. Pero lo sucedido, al mismo tiempo, tampoco ha sido tan simple como eso. Bajo el hastío del autoritarismo, la represión (un aspecto inherente a toda autoridad) ha sido el detonante de la situación, llevando a su climax un conflicto que viene de largo. No se puede, no obstante, explicar todo en términos exclusivamente de "estado español reprime las libertades del pueblo catalán" porque hay muchas más cosas en ciernes. Mucha gente era independentista y el factor clave que desata toda la revuelta es la sentencia a los presos y presas del procés, pero mucha otra gente no lo era y salía a la calle para ser escuchada o para que no se pisotearan sus derechos o porque consideraban esa situación intolerable. Había mucha gente joven y mucha gente que hablaba castellano y cuando empezaban los disturbios había menos esteladas. Es muy complejo lo que ha sucedido estos días. Ni ha sido una "insurrección" indepe ni una revuelta anarquista, ni una pataleta juvenil, ni un episodio de delincuencia organizada… lo ha sido todo a la vez, y al mismo tiempo nada de esto.

Hablamos de unos sentimientos culturales y nacionales (al margen de que estos sean una soberana chorrada o no) de una parte importante de la población que se vieron pisoteados tras la revocación del prometido (por el gobierno) estatut de autonomía en 2010 por el tribunal constitucional, episodio estatutario que siguió coleando en 2012, y luego con la ilegalización y represión del referendum del 1-0 de 2017; hablamos de un aumento de la represión con el endurecimiento del código penal en 2011 y 2015 (en este último caso de las llamadas leyes mordaza), hablamos de un aumento de la precariedad y la miseria con los recortes presupuestarios en materia de las llamadas políticas sociales de 2011 y 2012 (hechas por la generalitat y luego aumentadas por el gobierno central) y de ahí en adelante; hablamos de un aumento de la penuria cotidiana con las últimas reformas laborales, como mínimo desde el 2010 en adelante (sin olvidar las de 2002, 1995, 1992, 1988, 1985, 1982,…); hablamos del autoritarismo endémico, en especial hacia los/as jóvenes, de una sociedad en la que desde el presidente hasta tu padre, pasando por la médico, el policía, la juez, el jefe, la profesora, el revisor,… hacen recaer sobre cualquiera (en particular si es joven, si es de clase baja, en muchos casos si es mujer, la mayoría de las veces si es de fuera, etc) el peso de la norma. Todos estos factores, es decir, el hecho de que la sociedad es una mierda y de que cualquier estado la rige siempre y encima con poca liviandad, se conjugan para que muchísima gente esté harta (harta de corrupción, de penurias, de arrogancia, de impuestos, en definitiva de humillaciones) y parte de esa gente salga a quemar cosas y a enfrentarse con los sicarios de cualquier sociedad: la policía. Pero no nos equivoquemos, ese hartazgo no lo produce un mal gobierno, una nacionalidad opresora, una mala política económica,… o al menos no solo, ese hartazgo lo produce todo un sistema y se ha manifestado de forma violenta pero, en el fondo con una cierta perspectiva democrática.
El 14 de octubre de 2019 sale la "sentencia del procés" con penas de cárcel elevadas (de 9 a 13 años) para los/as políticos/as presos/as políticos/as. En ese momento, a imitación de las protestas de Hong Kong, la entidad tsunami democrátic (la parte moderada y reformista de la ola de protestas) hace un llamamiento a bloquear el aeropuerto que es respondido por los mossos y la policía nacional repartiendo democracia a partes iguales. Como parece que a estos cuerpos les patrocina una óptica, empiezan las primeras pérdidas de ojos por parte de los manifestantes. El independentismo oficial llama a la gente a movilizarse para luego reprimirla. Recordemos que el jefe de los mosos, en última instancia, es el president de la generalitat, el mismo de "apreteu, apreteu" (lo que no dijo es que los que iban a apretar iban a ser los mossos). Hubo andanadas de hostias en el aeropuerto y ahí se vio bien clara la diferencia entre la policía del estado fascista español y la de la democrática república catalana: una usa pelotas de goma, la otras balas de foam.

Ante tal episodio represivo, el 15 de octubre la protesta se traslada a la delegación del gobierno (y en las otras capitales catalanas a las subdelegaciones), en esos momentos la protesta pacífica se les va de las manos, tanto al reformismo independentista, democrático y pro sistema (Omnium cultural, ANC, Tsunami democrátic, partidos políticos) y los mossos restauran el orden a balazo (de caucho) limpio, auxiliandoles la policía nacional, que permanece en la segunda linea, resguardando los edificios de la institucionalidad española. Si el día anterior la protesta fue pacífica pero disruptiva y eso fue respondido con violencia policial, a la que muchos manifestantes resisitieron y respondieron legítimamente, este día, todo empezó de manera cívica pero acabó con barricadas ardiendo y enfrentamiento con nuestros oftalmólogos favoritos: la policía. Una minoría muy mayoritaria de encapuchados/as desbordó el civismo y el seny de la gent de pau para decir que están ya hasta los cojones/ovarios.

Como los mossos llevaban el peso de los aporreamientos (a casa mana qui mana i no un estranger), el 16 de octubre la protesta se traslada a la consellería de interior, convocada por los desconcertantes y semi-reformistas CDR (porque en ellos hay de todo y te puedes encontrar desde pujolistas hasta planteamientos ácratas incluso, si bien eso no es su seña de identidad ni lo que los caracteriza). Esto fue el primer gesto masivo de que la historia no era independentismo oficialista versus estado español, porque esto suponía pasarse por el forro las directrices de la generalitat y de sus entidades afines, y porque en los CDR no solo hay independentistas. Aquí se notó aun más que en días anteriores que en la protesta estaban muy presentes individuos que no eran indepes, ni siquiera estaban politizados pero estaban hartos de injusticias. Quizas identificaran la solución con la totalmente difusa, no concretada (ideológicamente hablando) e idealizada república catalana, como si la asociasen a la libertad o a la mejora de las condiciones de vida (una gran ingenuidad, por cierto, pero el imaginario colectivo es como es, en otras épocas sucedió lo mismo con la república española, la primera y sobre todo la segunda, con el anarquismo, con el comunismo o con la democracia española), pero el hecho es que estaban ahí, hartos y carentes, por fortuna, de mando. Más barricadas ardiendo y más hostias nos dejó ese día.

El 17 de octubre continúan los cortes de vías de comunicación, que habían empezado el 14. Se cortan carreteras y autopistas y vías de tren, sobre todo el ave. Este día se producen las marchas por la libertad, que confluyen en Barcelona el día 18, día de aturada de país. Hay más altercados por el centro, sobre todo al caer la noche. El centro vuelve a ser el escenario de enfrentamientos y sigue notándose la presencia de jóvenes que, independentistas o no, protestan y generan caos por algo más que el independentismo o que una sentencia a todas luces ejemplarizante y represora (como casi todas las sentencias). El asunto del procés empieza a evidenciarse cada vez más como la gota que colma el vaso, al igual que en Hong Kong esa gota es la ley de extradición, en Chile la subida del billete de metro (no es por 30 pesos, es por 30 años, rezaban las pancartas), en el Líbano la corrupcion de un ministro, en Irak el aumento del desempleo, en Ecuador la subida del precio del combustible, igual que en Francia con sus chalecos amarillos, en Bolivia un fraude electoral, etc, etc.

El 18 de octubre es el día fuerte de la semana grande de Barcelona. Se desborda todo, todo es un gran pifostio y se desata el hartazgo en el mayor disturbio ocurrido en la ciudad desde la II República (guerra civil a parte, claro, porque eso a lo mejor fue algo más que un disturbio) según los mossos (aunque igual exageran un pelín) y la mayor batalla campal a la que este cuerpo se ha enfrentado en su historia, dicho tam-

bién por ellos mismos. Aquí ya se va al traste la estrategia demócrata del independentismo oficialista, porque ésta no incluye ni la violencia ni la ruptura de la paz social, sino solo una moderada desobediencia civil e institucional que les permita sentarse con alguna fuerza en una mesa de negociaciones. Al fin y al cabo todo se reduce a eso, movilizar a la masa y usarla como peones de ajedrez para ganar una partida en la que quizás, ni siquiera sea la independencia lo que está en juego. La cuestión es que ese día todo se va al carajo con unos disturbios de la leche y la policía y la prensa (que vienen a ser más o menos lo mismo), además de toda la clase política, ya empiezan a difundir y cacarear que tras los disturbios está una especie de alianza de independentistas revolucionarios y un sector de anarquistas comandando a miles de jóvenes estudiantes (o ninis) descontentos. Qué cosa más curiosa que ahora los enemigo irreconciliables cooperan para acabar con los disturbios, condenan todos la violencia (aunque el independentismo oficialista cuando puede trata de aprovecharlos políticamente a su favor de manera tímida) e incluso el ministro del interior de españa se reúne con el conseller de interior de cataluña cuando el gobierno central no quiere saber nada del catalán para solventar la denominada "crisis territorial". Ahora los malos son los antisistema (anarquistas e independentistas radicales) y los manifestantes pacíficos son buenos porque son cívicos aunque estén equivocados según el gobierno y los medios españoles. Este día nos demostró que el imbécil de Albert Rivera tenía razón, no fue una huelga general (el seguimiento fue del 50%, algo bastante flojito para una huelga) sino un "sabotaje general".

Reuniones y más reuniones, condenas y más condenas. Todo con tal de acabar con la violencia, la violencia subversiva, claro está y que no se desborde un conflicto que parece estar muy encauzado y por momentos ser más una farsa que una auténtica realidad. Esa violencia "antisistema" tan perseguida a través de la ley antiterrorista por todos los estados (y recordemos cómo generalitat y gobierno central han colaborado para deshacerse de la "amenaza anarquista" en las operaciones anti-terroristas de 2013 a 2016 contra el anarquismo) es lo que desestabiliza y molesta a una autoridad, autonómica o central, que no quiere que nada se le escape de las manos, continuó el sábado 19 de octubre, si bien más reducida, y tras una semana de calma (que no de ausencia de protestas) volvió a repuntar en otros momentos posteriores, como el 27 de octubre.

Pero esta misma violencia subversiva no ha dejado de tener cierto aire demócrata y se ha diferenciado mucho de la de anteriores ocasiones, como por ejemplo la de los días de la huelga general de 2010, la de 2011 (esta última sólo en Catalunya, Galiza y Euskadi), las dos huelgas generales de 2012, las protestas estudiantiles de 2012, las protestas okupas y anarquistas de 2013 y 2014 (con el intento de desalojo de can víes como momento más destacado) o 2016. Ha tenido ese aire porque al haber sido esencialmente anti-policial no se han atacado, al menos sistemáticamente, símbolos del capitalismo como bancos, inmobiliarias, sedes de partidos y sindicatos, periodistas, etc, como sí ha ocurrido en otras ocasiones similares. De hecho ha habido episodios en los que algunos/as manifestantes saqueaban alguna tienda (sólo dos saqueos de importancia se han contabilizado frente a las decenas de otras ocasiones) y otros manifestantes que también estaban tras las barricadas les han recriminado, incluso forcejeando, dicha actitud. Esto viene marcado por la mentalidad democrática de muchos/as de esas/os manifestantes y muchas de sus declaraciones: el famosos "prendemos fuego para que nos escuchen". Claro, de ahí a saquear o romper cosas va un trecho porque quemar es protesta y lucha legítima (al obstaculizar el avance policial, la máquina represora) pero robar y romper da mala imagen, imagen de delincuente. En el fondo hay un civismo, y hasta un clasismo, larvado ahí porque quizás si nos escucharan no habría pasado esto. Pero pedir que te escuchen o que algo cambie no es lo mismo que querer destruir el sistema; eso se hace, aunque no exclusivamente, con destrucción material. Las revoluciones que respetan la propiedad, no son revoluciones. Pero es que lo que ha ocurrido, lo que está ocurriendo estos días, no es una revolución, es una muestra de hartazgo contra el autoritarismo pero no es una protesta antisistema en sí misma, aunque en cierto sentido y en una parte si tiene algo de antisistema dado que ha desbordado y roto una protesta cívica y plenamente democrática como es la oficial. Es evidente que ha habido independentistas radicales y anarquistas, junto con mucha gente también harta, que han conseguido llevar la protesta más allá, desobedeciendo a toda autoridad (govern, gobierno, tsunami, omnium, anc, partidos, sindicatos) pero esa revuelta, justa, ha tenido unas limitaciones que son las que estamos señalando.

Como punto fuerte, y antes de pasar a analizar un poco más en profundidad lo ocurrido (del qué ha pasado al por qué ha pasado), señalar la intensidad y duración de la protesta. Lo más parecido en duración que había sucedido en Barcelona en lo que va de siglo había sido las semana de revuelta por el intento de desalojo de can víes, el centro social okupado de Sants. Esta revuelta ante la sentencia, ha superado cuantitativamente (aunque quizás no cualitativamente) la revuelta anterior, ya no solo porque también se ha extendido la violencia durante una semana y las protestas durante medio mes (y lo que pueda quedar) sino porque se ha extendido por todo el territorio. Si hubiera un podio de altercados, tras Barcelona, y premiada con la medalla de plata vendría Girona y después quizás Tarragona. En ellas, en especial en Girona, hay muchas similitudes con la revuelta barcelonesa pero también grandes diferencias, pero eso, como decían en Conan, es otra historia.

¿Porqué ha pasado?

Desde el referendum ilegalizado del 1-O por la independencia de Catalunya, su repercusión mediática y la consiguiente represión por parte del gobierno central, ha ido creciendo la sensación de malestar e indignación por parte de grandes sectores de la población de Catalunya. Este descontento, como ya hemos apuntado, es una mezcla de distintos aspectos que nos perturban día a día, como la desigualdad social, situación laboral, económica...etc.

En 2007 (un año después se empezaría a notar en Europa) tuvo lugar una "crisis" económica de la que gran parte de la población nunca ha llegado realmente a salir. Casi diez años de crisis, si sumamos la caída económica y sus repercusiones, empobrecieron a miles de familias. Catalunya fue uno de los lugares donde más se notaron los efectos puesto que la clase política, para salvaguardar sus privilegios y los de sus amigos/as los/as patrones, redujeron enormemente las ayudas sociales (pequeño caramelo envenenado que no sirve tanto para paliar la desigualdad del sistema como para tener controlada a la población pobre mediante el chantaje), y la financiación de lo que se denomina estado del bienestar (es decir, que el Estado, vía impuestos, nos robe para sufragar una serie de servicios adoctrinadores, envenenadores y deficientes para tener tranquilito al personal bajo la ilusión de la atención). Ahora hay toda una generación de jóvenes que se criaron entre la precariedad, muchos de los cuales han vivido en la esquizofrenia de ser clase media y no poder llegar para mantener un status (carrera universitaria, ropa, imagen, vivienda o segunda vivienda, coche, electrodomésticos, tecnologías,...). Inmersos y perfectamente incluidos en un mundo que les decía que podían ser lo que quisieran y unas cuentas domésticas que les obligaban a aceptar cualquier trabajo de mierda, la clase media se depauperaba y mientras tanto, los pobres, los eternamente jodidos, seguían luchando por llegar a fin de mes (ahora con más competencia que nunca en un mercado laboral

mucho más cruel y pequeño) sufriendo la dura realidad de que para el sistema no eran más que un cero a la izquierda y jamás llegarían a nada dentro de él, salvo algunas honrosas excepciones. Delincuencia y marginalidad era lo que esperaba a este otro sector juvenil. A los mayores no les iba mucho mejor.

Por otro lado, esa supuesta crisis (los pobres siempre estamos en crisis y los más ricos siempre ganan cada vez más) hizo que aumentara la protesta social, lo que sirvió a los gobernantes para justificar la represión y aprobar leyes más duras.

Qué poco recuerdan ahora los desmemoriados que varios de los encarcelados y exiliados por el procés son los mismos que aplicaron el garrote y los recortes presupuestarios, desinflando el supuesto estado de bienestar (bienestar para los ricos y migajas más grandes para la clase media y los trabajadores cualificados, mierda para el resto). Qué poco recuerdan que los mismos partidos que gobiernan Catalunya hoy son los que más palos daban entonces a la gente (el infame conseller de interior Felip Puig y su famoso "iremos hasta donde nos permita la legalidad y un paso más" para combatir la protesta social iniciada al calor del aumento de la precarización de la vida auspiciada por su amo Artur Mas, el mismo que eligió a Puigdemont presionado por los socialdemócratas disfrazados de radicales de la CUP).

Para tapar toda esta mierda, además del 3%, hubo que desviar la atención, coincidiendo con que otros en Madrid también tenían mucha mierda que tapar, y así se llegó, en 2010, al conflicto estatutario, que ya estaba latente desde que en 2006 el entonces presidente Zapatero lo usara con fines electoralistas ("Catalunya tendrá el estatut que vote su parlament"). Sólo que a veces las promesas salen caras, sobre todo si no están en tu mano. En 2010 el Tribunal Constitucional anuló ese estatut, España una y no cincuenta y una debieron pensar los patrióticos jueces y sumados a otros factores geoestratégicos que a la mayoría se nos escapan (como que China y Rusia quieran joder a la UE y a EEUU y para ello desestabilicen países financiando ciertas facciones y alentando disputas entre bandos del capitalismo), al tradicional agravio comparativo Castilla – Catalunya que ya lleva coleando desde 1412, etc, hizo que toda una serie de tensiones políticas, sociales y culturales que se vienen arrastrando, hayan desembocado en un espasmo violento de rabia contenida contra todo y contra todos, que ha tenido su eclosión con el referendum famoso y sus ochocientos heridos a manos de los psicópatas uniformados de siempre que, esta vez, vinieron voluntarios desde todos los rincones de españa para poner en su sitio a esos díscolos "catalufos separatistas".

Por otro lado, también se une el desprecio de la casposa y tardo-franquista clase política española a ciertos valores democráticos (de los que se llena la boca cuando le conviene pero que rechaza incongruentemente cuando se le complica la cosa) en base a los cuáles se cree y se defiende la patraña del "derecho a elegir o a decidir". Todo esto, sumergido en un marco en el que la mala gestión del gobierno de españa (primero amenazo y pego y luego ya si eso vemos), más el bombardeo mediático, repleto de manipulaciones y constantes demagogias, ha ido fomentando o incrementando no sólo el heterogéneo movimiento independentista, sino todo el descontento citado anteriormente. Así a la precariedad material de la vida y a la miseria moral a la que nos somete la política de cualquier signo y su aliado el capitalismo, hay que añadir la humillación cultural y territorial. No hay nada mejor que una mala oposición para acrecentar aquello a lo que supuestamente confrontas. Aunque quizás una buena oposición tampoco hubiera evitado lo que ha sucedido.

Gracias a esta oposición estratégicamente desastrosa (o quizás no, quién sabe) se genera la eterna dinámica basada en el maniqueísmo (dos bandos enfrentados, en el que o estás conmigo o contra mí). Este tipo de dinámicas fácilmente manipulables, aunque en ocasiones a los estados se les vaya de las manos, no dejan de ser interesantes para el poder para controlar a sus subditos y aplacar otras tensiones, o reconducirlas hacia lugares menos dañinos. Tener a la población dividida en bandos y más si estos bandos no tienen el foco en los asuntos más vitales o más peligrosos para el status quo, siempre viene bien al poder. Lo que se pretende decir con esto, es que a parte de los nacionalismos e intereses de la población, a veces se escapan a nuestro entender otros factores en los que, quizás sin pretenderlo, se haga el juego a planes formulados desde altas esferas. Como hemos apuntado más arriba, no sería ni la primera ni la última vez que se potencian conflictos sociales para desestabilizar un país en pos de un plan económico internacional o incluso para aumentar el control social o hasta la pacificación (tras el climax de tensión viene la calma y ciertos episodios pueden ser reconducidos para justificar determinadas medidas). Sin pretender entrar más en ello, ya que se escapa de las manos y de los conocimientos, por lo menos, hemos de tenerlo en cuenta. Se debe ser consciente , como hemos dicho antes, de qué hay detrás de la independencia de Cataluña (pacificación social, conflictos de intereses, planes empresariales,...)

Inmersos en esta espiral de descontentos varios, vemos que detrás de la idea de independencia de Catalunya, se puede observar la concepción de ésta como una salida, como una ilusión, una alternativa a las situaciones de desigualdad social y sometimiento en las que vivimos. En conclusión, una panacea. Pensar que la creación de un nuevo Estado (y más aun uno sin definir ni concretar como es la República catalana, entendida por cada cual según dios o satanás le inspire) va a acabar con la desigualdad es completamente ingenuo además de irreal; seguirás levantándote para ir a trabajar cada mañana, pagando facturas, viviendo para servir (a Catalunya, al liberalismo o puede que incluso al comunismo) y consumir, dejándote la vida para pagar un techo a los propietarios de la vivienda (especulen con ella o no), enfermando por el aire, la comida y los deshechos de la industria, algo incuestionable y que ni los CDR se atreven a tocar, viendo como avanza la devastación del planeta por sucio dinero o por productividad... y un largo etcétera. La creación de un nuevo Estado dentro del sistema capitalista (y posiblemente fuera de él tampoco) y dentro de los márgenes democráticos en los cuáles se goza de libertad a condición de no usarla, no va a acabar con nuestro malestar, sino todo lo contrario, lo va a perpetuar, dándonos un calmante para los latigazos y así mantener las cosas como están o incluso apretarnos más. Y en gran medida las cosas están como están por aceptar lo inaceptable y tolerar lo intolerable, gracias a la construcción de un sistema de valores democráticos basados en la tolerancia, el civismo y en delegar en vez de actuar (entre otros muchos).

Las detenciones de los CDR y la sentencia del procés, ha sido el detonante de toda la situación de malestar que se ha comentado anteriormente, generando así, una semana de rebelión y enfrentamiento, en los que como se ha explicado anteriormente, se ha dirigido en gran parte contra los cuerpos de seguridad del Estado. De un buen análisis y de una mente clara, dado que no falta la fuerza del corazón en estos días, dependerá en buena medida lo que nos deparé el porvenir.

¿Y ahora qué?

Ante estos acontecimientos, no podemos caer en el error de seguir asumiendo ese cuadro de valores democráticos que ensalzan el civismo y la tolerancia, o del respeto a la propiedad, o del grito solo para que me escuchen, o en el que se diferencian los "manifestantes buenos de los malos". En el que si te sales del redil y decides responder en vez de poner la otra mejilla eres recriminado y señalado por todos lados. Tampoco podemos caer en el error de que "ha de haber fuego para que nos escuchen" porque sigue siendo un acto de delegación, de que otro me haga caso y haga lo que tiene que hacer, mientras yo miro pasivamente y cuando no me tienen en cuenta, no respiro y pataleo, porque el estado nunca tiene en cuenta a sus gobernados. De la opresión sólo se sale tomando en tus manos tu propia vida y cortándoselas a quien quiere poner sus sucias zarpas sobre ella para someterte, para decirte lo que has de hacer.

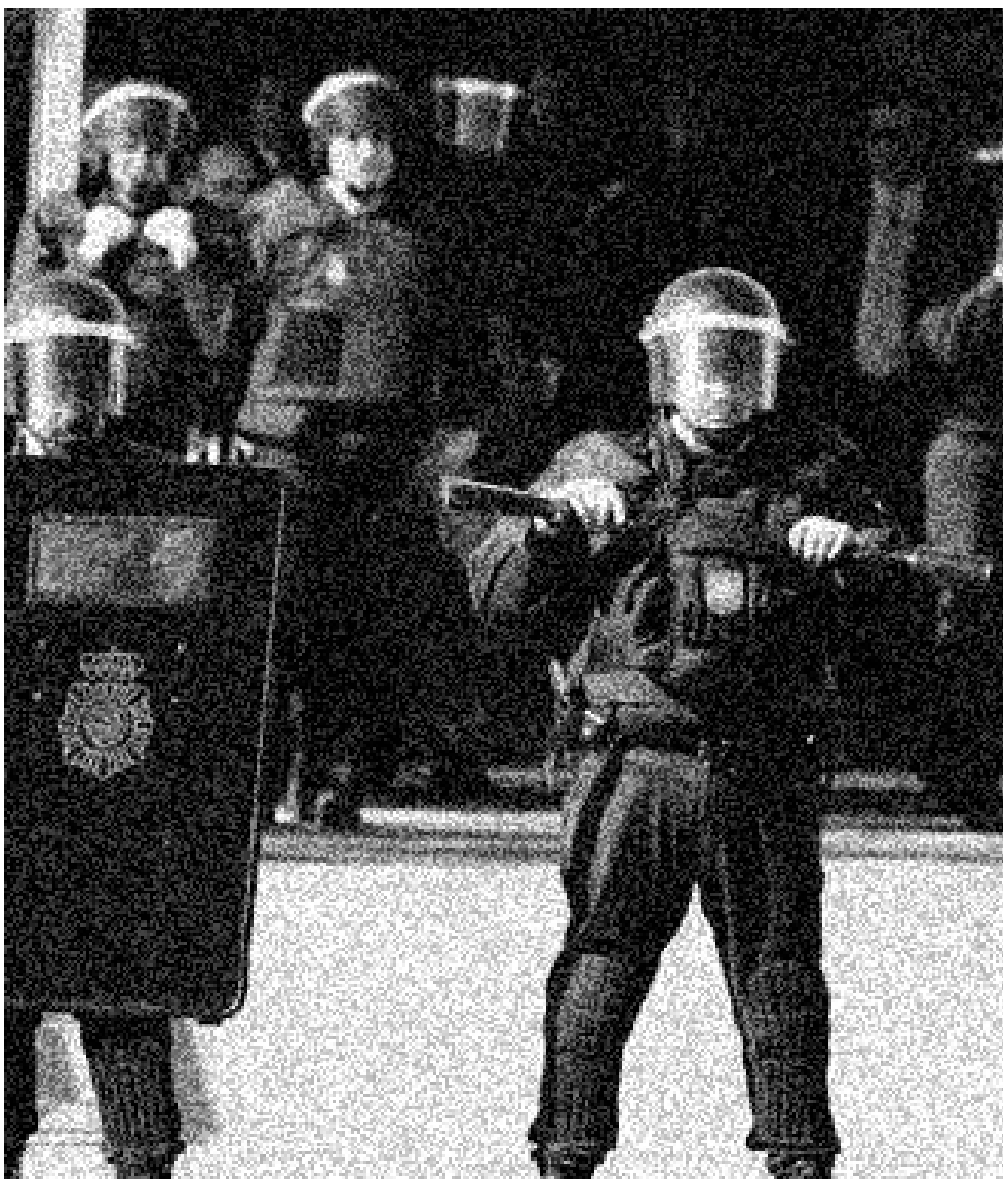
En cuanto a la violencia acontecida estos días, es curiosa la vara de medir del sistema, según la cuál si tú respondes con violencia eres reducido a un terrorista, y sin embargo, se obvia la violencia a la que estamos sometidxs día a día, porque estar sometido, controlado, vigilado, agobiado y estresado e incluso manipulado es violencia. Porque vivir de una manera injusta, y ver cómo se cometen las mayores atrocidades de la humanidad y cómo se defienden y se legitiman por los estados (la masacre de indígenas en ecuador, las torturas y desapariciones en chile, la compra – venta de esclavos tras la guerra de Siria y de Libia...) es violencia.. Y es violencia de estado, bajo los mandatos y requerimientos del sistema capitalista. Y estos días, casi a nivel global se está viviendo un colapso, un hartazgo del populacho, aquí o allá, más o menos manipulado, pero que a la causa se suma por ese sentir compartido, el estar hasta los ovarios/cojones. Y la violencia estructural no es solo cosa de dictaduras, como en China/Hong Kong o en Siria, sino también de las democracias, como en España o Chile, donde se impuso el toque de queda y los militares han disparado y asesinado gente (lo que no ocurría desde tiempos del dictador Pinochet), y en todos los regímenes, sus opositores, si emplean la violencia y la subversión, son calificados de terroristas. Y a la violencia estructural no se la responde poniendo la otra mejilla, por-

que si te dan una bofetada y pones la otra mejilla, te darán otra bofetada, y por supuesto siempre tendrá una justificación ("es por tu bien", "me ha dolido más a tí que a mí",...) pero esto es una lucha, una pelea, y las peleas no se ganan recibiendo. En estos días había miles de manifestantes con el puño en alto, muy bien pero y qué, ¿para qué sirven los puños? Los puños sirven para golpear.

Volviendo a lo que acontece en Cataluña, la cuestión ya no es apoyar o desear un estado catalán o un estado español, una pseudo-democracia representativa chustera o una democracia real catalana cupaire, la cuestión es poner en jaque al estado. Tomar conciencia que cualquier estado reprime por igual sea dictatorial o democrático, capitalista o socialista, liberal o comunista, fascista o jacobino, monárquico o republicano... te controla por igual y va a implantar las medidas que sean necesarias si así lo consideran. Y hay que prestar atención a qué se esconde debajo de las demandas a las que nos sumamos, porque aunque una minoría o mayoría sea reprimida, porque pida otra cosa, aunque se enfrente a algo establecido, no tiene por qué ser lo justo o ir en contra del sistema, si no, en dirección del mismo con otra apariencia.

Ahora más que nunca no podemos correr el riesgo de que ensalcen por un lado los valores democráticos de tolerancia y civismo, de ley de mayorías (todos apelan a dicha ley por la cual algo es bueno si lo quieren más personas) en los que bajo su prisma hay "manifestantes buenos y manifestantes malos" , que si te sales del redil y decides responder en vez de poner la otra mejilla, eres un terrorista. Curiosa cuanto menos, la vara de medir del sistema en cuanto a la violencia, obviando la violencia que sufrimos día a día, redadas, multas, obligándonos a vivir de una manera que no queremos, ahogados continuamente por el dinero, estresados por las facturas y por el trabajo, que la vida sea tan cara que parezca que no es para ti, y vivir en un mundo que va directo al precipicio por la codicia de unos pocos y la aceptación o acatamiento de muchos. Violencia también es el sistema pero de eso nadie quiere hablar.

Un país puede vivir en monarquía o en república, en sistema parlamentario o presidencialista, en sovietismo o en fascismo, como únicamente no puede vivir es en anarquía.
Álvaro Gil Robles



CONTRA LA DEMOCRACIA

Lo que sigue es un extracto del librito titulado "Contra la democracia" editado por los Grupos Anarquistas Coordinados en el año 2013.

Ley de mayorías

Éste es quizá el mito más sólido sobre el que se edifica la democracia: la mayoría es el ente abstracto con atributos de autoridad incuestionables sobre el cual nadie duda o vacila, el dios pagano que utiliza la democracia a la hora de cometer sus desmanes.

Pero ¿verdaderamente cuenta la mayoría poblacional cuantificableenelsistemademocráticoparlamentario? Podemos citar algunos ejemplos que nos clarifiquen esta pregunta; entre ellos el de la constitución española, "incuestionable" paradigma de legitimidad democrática sobre el que babea desde el izquierdista más ortodoxo hasta el ultra-derechista más recalcitrante.

Estudiando los datos oficiosos, en el referendum sobre la constitución en 1978, sobre una población censada de 36,8 millones de habitantes, sólo expresaron su conformidad con la "carta magna" un total de 15,7 millones: el 40%. Así, la mayoría cuantitativa, es decir, los 21 millones restantes no dio su conformidad, ya sea porque se abstuvieron, votaron en contra o carecieron de derecho a pronunciarse. Esta claro que dicha constitución fue votada por una minoría de la población del estado español, a la que la democracia les atribuyó valores de "representatividad de la voluntad general".

Por lo tanto es palpable que ni la mayoría de la población ni la mayoría del cuerpo electoral (ni mucho menos las siguientes generaciones que en dicha consulta aun no habían nacido o incluso la anteriores que puedan haber cambiado de opinión) le han dado el visto bueno a esta constitución. Es pues una falacia que ésta haya de ser de inexcusable acatamiento porque se corresponda con un voluntad mayoritaria; en todo caso se acata por estar forzosamente impuesta y defendida (y no con liviandad, por cierto) por los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, la magistratura y las prisiones, entre otros. Casos idénticos se pueden utilizar para las elecciones generales, municipales, etc, ya que, en una democracia es siempre una minoría del "cuerpo electoral" quien decide qué partido político optará a gobernar el país y qué grado de representación parlamentaria tendrá. Porque esa es otra, ni siquiera es que se elija el gobierno ni a las personas que lo ostentarán, sino que se elige la lista presentada por el partido y luego, ese partido elegido por la minoría mayoritaria del censo electoral irá al parlamento junto con otros partidos (elegidos por minorias aun menos mayoritarias) y entre todos sus representantes en él, elegirán presidente de gobierno (y éste conformará el gabinete). Esto claramente es una oligarquía democrática.

No obstante, y pese a lo aquí denunciado (complementado en un siguiente apartado en el que se explica el funcionamiento de la ley electoral), esto no significa aceptar las reglas democráticas en otras condiciones, es decir, no aceptamos la presión de ninguna minoría a ninguna mayoría (real o ficticia) ni viceversa. Motivos hay muchos, entre ellos porque estamos por el reconocimiento de todos los intereses, sean estos mayoritarios, minoritarios o individuales: la ley de la mayoría no es sinónimo de tener razón y en la historia podemos encontrar muchos ejemplos a ese respecto. Otro motivo es que nos negamos a ser cosificados como porcentajes en función de los cuales se nos dan o se nos quitan derechos: ni queremos derechos, ni queremos deberes, a lo sumo hablaremos de necesidades, deseos, intereses,... que tenemos, no permisos u obligaciones que nos impongan o concedan. No hablaremos tampoco de los intereses de mayor número, sino del número de intereses. Defendamos lo colectivo, sí, pero también al individuo y su libertad.

Ante la indisolubilidad de la pareja democracia/engaño reivindicamos el combate al discurso democrático (y a su práctica) desde una ética anárquica, enmarcado en el combate contra toda autoridad, sea ésta democrática (parlamentaria, participativa, popular y/o directa), dictatorial o cualquier otra.

Derechos

Los derechos son las concesiones que otorga un poder establecido, es decir, lo que se ese poder permite hacer a quienes somete. Los deberes son las imposiciones de ese mismo poder, es decir, lo que obliga a hacer. Derechos y deberes son por lo tanto un binomio ya que los unos son contrapartida de los otros y viceversa. Lo cual, y dado que los dos puntales

de la democracia son la ley de mayorías y los derechos, nos lleva a varias reflexiones.

Una es que las personas no tienen derechos, sino necesidades vitales. Confundir derechos con necesidades es un grave error que nos viene de la mano del pensamiento autoritario. Se tiene necesidad de alimentarse, respirar, abrigarse, dormir, gozar,... si estas necesidades no se cubren se pueden tener carencias y enfermedades. Nadie puede concedernos el derecho a la vida (a lo sumo nos la pueden dar o quitar) salvo en formas de vida autoritarias y/o domesticadas.

Otra es que quien tiene derechos tiene deberes y, como se ha señalado antes, esto es axiomático. Todo derecho implica que alguien te lo reconozca y ese alguien a cambio te reclamará deberes.
Otra más es que para tener derechos se ha de ser súbdito (de un rey), ciudadano (de un estado de derecho, o una república) o demócrata. También tienen derechos quienes sufren las dictaduras, l@s niñ@s en las escuelas, l@s pres@s en la cárcel, los animales, las "minorías", etc.
Una nueva reflexión, ahondando en las anteriores, es que para tener derechos es necesario ser gobernado, domesticado y por lo tanto hay que estar oprimido, o lo que viene a ser lo mismo, esta reflexión nos lleva a que quien tiene derechos no tiene libertad.

Estas reflexiones nos llevan a la conclusión de que quien quiera ser libre, además de luchar por ello, no puede reclamar derechos, dado que no es posible que la libertad se conceda. Los derechos prefiguran necesariamente autoritarismo.

> "Señores: dense por satisfechos de que este perjuicio haya arrai- gado en el pueblo, ya que ese es su mejor policía. Conociendo la impotencia de la ley -mejor dicho, de la fuerza- han hecho de él el más sólido de sus protectores. Pero tengan cuidado: todo termina. Todo lo que es construido, edificado por la fuerza y la astucia, la astucia y la fuerza pueden demolerlo."
>
> Alexandre Marius Jacob.

Tolerancia, civismo y Pensamiento democrático

Hoy más que nunca, y sobre todo en un sistema democrático, tiene inusitada vigencia la vieja máxima que decía que los gobernantes tienen como fuerza última nada más que la opinión, dado que la verdadera fuerza (por número, por capacidad y porque nadie puede mandar si nadie le obedece) pertenece a los gobernados, aunque éstos no la usen casi nunca. Es por este motivo que toda forma de dominio, de la que el Estado es la más completa, siendo la democracia su articulación más perfeccionada hasta el momento, ha de asegurarse de un modo u otro para su propia supervivencia tener de su lado la adhesión de sus dominados. Este papel de "ganar adhesiones" tradicionalmente se ha reservado para la propaganda ("una mentira dicha una vez es una mentira, pero dicha mil veces se convierte en verdad" decía Goebbels, el infame ministro de propaganda nazi).

En la época en la que vivimos y bajo el sistema que nos somete (o lo intenta) hay que sufrir una dictadura de la propaganda y de la imagen, a través de las ya clásicas estructuras de adoctrinamiento (como la escuela y los sistemas de enseñanza, la familia y el disciplinamiento a través del trabajo, la ley y las diversas ciencias y medicinas), a través de los medios de comunicación de masas (negocio y a la vez propaganda) que hacen con sus continuos bombardeos de valores, moral, ideología, (des) información... que nos posicionemos al lado del sistema. Pero no contento con que nos posicionemos a su favor, la dominación busca hacernos partícipes del mantenimiento de nuestras propias cadenas y da una nueva vuelta de tuerca que se añade a la clásica propaganda que todo stablishment tiene. Ahora nos hace, además, seguidores de su sistema, impulsando a la vez que frenando nuestra participación en él, creando una especie de fanatismo democrático que sustituye, en un mundo globalizado, a los viejos y casi obsoletos patriotismos: el civismo.

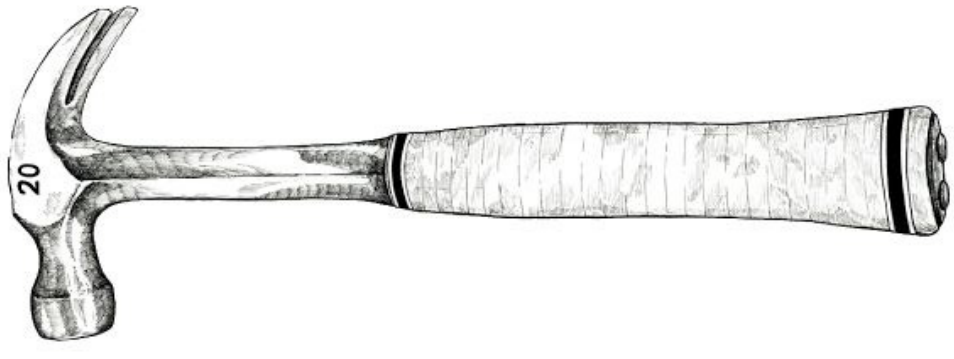
Con el civismo se instaura la mentalidad, a través de la clásica propaganda del sistema, de defensa de la democracia, no ya como sistema, sino como forma de convivencia, como complejo de valores respetables y deseados por todos. Así, el buen ciudadano que vela por el Orden y el correcto funcionamiento de la democracia, no piensa que esté protegiendo, por ejemplo, un sistema de relaciones basadas en el sometimiento y la desigualdad (esto es, que un diputado, senador o concejal que cobra un pastón de nuestros impuestos y de nuestro trabajo legisle, es decir, nos diga lo que podemos y no podemos hacer, o que un empresario nos explote por cuatro migajas). No, el buen ciudadano piensa que está velando por una correcta y armónica convivencia. O sea, que el colega de la esquina no se puede mear en la acera porque deja mal olor y es un acto incívico, pero las fábricas en las que nos vemos prácticamente obligados a trabajar- para poder tener el salario que nos permita subsistir- puede verter al río toda la mierda permitida (si vierte más no es bonito), que viene a ser generalmente la que esa empresa quiere, o la infinidad de coches que pululan por las ciudades pueden hacer polvo el ecosistema y nuestros pulmones, que no pasa nada. Si acaso ya elevaremos una democrática queja a nuestro concejal más cercano en un bonito formulario azul claro (incluso puede que hasta en bilingüe).

El civismo, que lleva aparejados y potenciados conceptos como la tolerancia (tolerancia con la opresión, por supuesto, pero no así con la rebelión), o la no violencia (la no violencia de los descontentos, porque de la Policía en sí misma nadie se queja, a los más hay quejas si algún policía se excede), es un mecanismo de interiorización de la propaganda del sistema, en la cual se participa activamente pero sólo manteniendo el orden adecuado, ya que un exceso de participación puede llegar a ser peligroso al reflejar algo que el dominio teme: la iniciativa propia (si bien, dentro de unos parámetros y hasta un cierto punto la fomenta: iniciativa empresarial, etc.)

El individuo cívico deja de ser individuo para convertirse en ciudadano, independientemente de su categoría social, de lo que gane, de dónde viva, etc, aunque, casualidades de la vida, cuanto más alto se está en el escalafón social, más cívico se es y más "conciencia social" se tiene (luego si esa conciencia no sirve ni para limpiarse el culo o si es perfectamente funcional a los designios del dominio es un poco lo de menos). El ciudadano es el paradigma del nuevo súbdito y colabora a que todo vaya como tiene que ir, pacificando con su actitud policiaca (siempre en pos de la "buena convivencia") las posibles alteraciones del orden, rupturas o disfuncionalidades que haya en el seno de "su" linda comunidad.

En el fondo el ciudadano no es más que un ser sobresocializado que por miedo e inseguridad inculcados por el sistema lo defiende a capa y espada temeroso de sus propias posibilidades y potencialidades, temeroso de tomar las riendas de su vida en sus propias manos, ansioso de que lo guíen, de que todo vaya como debe ir y totalmente plegado a lo artificial. El ciudadano es un ser temeroso que aborrece la violencia explícita contra esta forma de vida porque no se atreve a ejercerla y porque teme otra vida posible, y por ello acaba convirtiéndose en un sumiso seguidor de la sutil violencia del Estado (de hecho aborrecerá las dictaduras porque en ellas la violencia es más brutal, menos camuflada, porque en las dictaduras el poder no se camufla, se ejerce, ya que esa es su fuerza, mientras que en las democracias el poder se trata de difuminar para ejercerse mejor y con más comodidad).

Con el civismo la subversión se gana un nuevo enemigo. Si antes había que luchar contra el Estado, las leyes, la policía, el capitalismo, la explotación, los patrones, ahora con el civismo hay que luchar contra los ciudadanos (incluso muchas veces literal y físicamente). Cierto es que este mecanismo de interiorización de la propaganda del sistema, esta forma de pseudo-participación en la defensa del Orden tiende a resquebrajarse en épocas en las que las vacas flacas campean a sus anchas y no todo es tan bonito. Cierto es que hasta el más cívico puede replantearse el tema cuando no llega a fin de mes. Pero la clase media muchas veces se mantiene en sus status, incivilizándose más generalmente los que bajaron en el escalafón social (aunque debemos recordar que "estómagos agradecidos" y "obreros limpiabotas" hay muchos y a veces son mejores ciudadanos que un industrial). Sea como fuere y por si el civismo y la propaganda fallan, siempre estará la gloriosa guardia civil y sus 100.000 nuevas pelotas de goma para continuar repartiendo democracia.



UN PAS MÉS ENLLÀ

REFLEXIONS SORGIDES A L'ESCALFOR DELS ÚLTIMS DIES

Breument, intentarem esbossar algunes reflexions sobre el que hem viscut aquests darrers dies als carrers de la ciutat de Barcelona, però intentant encabir-hi també els fets que s'han estès arreu del territori que podem definir com a Catalunya. Talls de carreteres, xarxes ferroviàries i enfrontaments amb els cossos de la Polícia Nacional i els Mossos d'Esquadra, en diferents intensitats, s'han reproduït durant una setmana.

La dura sentència als polítics que formaven part de la cúpula del Govern de la Generalitat durant la legislatura en la que es van produir els fets més destacables de l'anomenat procés, i també als dos activistes socials, Jordi Sánchez -posteriorment fitxat pel partit de centredreta Junts per Catalunya- i en Jordi Cuixart -l'únic que no és polític professional- va fer saltar l'espurna que va encendre, encara sense aconseguir entendre-ho massa, una setmana de disturbis i destacables enfrontaments amb la Policía Nacional i els Mossos d'Esquadra. Uns disturbis que, per la seva intensitat i durada, no es veien feia ja temps a l'antigament anomenada Rosa de Foc.

Però els i les que hem pogut viure alguns d'aquests últims fets anomenats, afegint-hi les passades mobilitzacions arrel de la sentència, hem vist algunes diferències qualitativament parlant del fets i discurs. S'ha de deixar clar en tot moment que el nostre punt de partida, no han sigut mai parlar de la "injusta" i ho diem entre cometes perquè cap sentència podrà ser mai justa, sinó la subversió completa del l'ordre actual.

Breu crítica a les demandes democràtiques

Un gruix de les persones que es van mobilitzar durant la setmana del 21 d'octubre era mogudes per una demanda conjunta de una gran part de la població a Catalunya que busca més democràcia. Hi ha una idea, al general del moviment independentista català, basada en que l'Estat Espanyol té una democràcia de baixa qualitat i que això s'ha vist constatat en els seus últims moviments envers al procés, judici farsa als seus líders i posterior condemna. Del que estem segures nosaltres és que l'Estat Espanyol és una democràcia, com ho són la resta de països de la Unió Europea i altres aliats seus. La democràcia és en definitiva això, possiblement un mètode de dominació més subtil difús que una dictadura, però al cap i a la fi, un mètode de dominació. Les persones mogudes per aquesta idea no somien, potser encara, en un moment sense explotats ni explotadors, en un món sense caps ni súbdits, sinó que es conformen, en la seva majoria amb un món "una mica menys injust". Al llarg de la història hem pogut observar que no hi ha tanta diferència de com respon una dictadura o una democràcia davant el traspàs del límits marcats pel sistema on es pot desenvolupar una lluita social. Un altre exemple també recent però molt més llunyà és l'aplicació de l'estat d'emergència, amb la conseqüent militarització dels carrers i la prohibició de manifestar-se, a la república francesa l'any... amb l'excusa de l'amenaça yihadista però sense la casual coincidència de la lluita que s'estava duent a terme contra l'anomenada Loi travail.

Breu crítica a les demandes del drets

La demanda del dret a l'autodeterminació és un altre punt que està a la boca d'una part de les persones, segurament les més compromeses amb la causa independentista, que han format part de les barricades. Passarem de puntetes per aquesta qüestió no sense abans recalcar el fet que aquesta demanda, emmarcada segons alguns dins els sistemes democràtics, no significa res més que demanar permís a algú situat per sobre d'un/a mateixa, per exercir una qüestió bàsica de qualsevol persona. Davant d'això no podem deixar de mencionar que l'autodeterminació, tant individual com col·lectiva és una qüestió d'exercici i no hauria de passar en cap cas, si volem aspirar a ser lliures individus en lliures col·lectivitats d'individus pel permís cap ens superior, es digui aquest Estat Espanyol, República Catalana o Unió Europea.

Avalots ciutadans?

Però res està, per sort, absent de crítica i auto crítica. La setmana del 21 d'octubre vam viure, com ja hem dit un nivell de disturbis i enfrontament amb Mossos i PN que feia temps que no es veia. Però va ser molt diferent dels avalots viscuts anteriorment. A les anteriors jornades com les vagues o els desallotjaments abans mencionats, els i les revoltoses encara buscant enfrontar-se amb qualsevol cos policial no es van limitar a això. Qualsevol símbol de l'Estat i de l'economia quedava fet miques al pas de la turba. Bancs, immobiliàries, botigues de multinacionals no escapaven dels certers cops de pedra i martell i fins i tot algunes quedaven regalades a les flames.

Als últims dies vam haver de veure, tristament, com els primers dies d'enfrontaments, dimarts i dimecres sobretot, gairebé ningú es va dedicar a aquesta tasca i les poques valentes que ho van fer van haver de discutir-se amb altres manifestants, alguns d'ells també encaputxats i encaputxades que deien sense vergonya que aquell no era el moment i que això sobrava. Entenem aquí que si l'únic motiu d'aquestes persones era la "lluita per la República" evidentment, potser no feia falta. En canvi si que feia falta i sí que és el moment quan la nostra intenció és atacar l'status quo i intentar expandir i multiplicar la crítica i la destrucció del món acutal, per d'entre les seves ruïnes, com deia un famós anarquista, construir-ne un de nou. El divendres, el dia on els enfrontaments i destrosses van ser més durs i generalitzats, tots els voltants de la Plaça Urquinaona, epicentre dels disturbis, estaven completament destrossats. Tot i així encara quedaven els "bons ciutadans" que es van enfrontar a alguns alegres saquejadors d'algunes grans cadenes de productes electrònics. Mencionem aquests bons ciutadans perquè malauradament, tot i que no han sigut massius, hem vist aquests comportaments amb més freqüència que en les altres ocasions anteriorment mencionades.

Sobre la qüestió de la violència

Entre altres coses, els últims esdeveniments han servit per posar sobre la taula a un nivell molt més ampli, l'ús de la violència com a eina per intentar enfrontar la policia però també el món al que vivim. Passarem per sobre la normalització cada vegada més alarmant d'un tipus de violència, l'estructural, la que produeix milers d'ofegats al mediterrani, la que desnona, la que empresona, la que es finança amb les diferents guerres i la hiperventilació que genera a determinats personatges amics de l'ordre imperant, sigui aquest català o espanyol, i les seves institucions, per la justa resposta, violenta, contra tots els símbols i, a vegades persones, que ens oprimeixen.

És un fet innegable que en l'enfrontament contra la policia els mètodes que utilitzen la violència són els més eficaços sinó volem acabar sense un ull, o amb alguns ossos trencats. És per això que aquests últims dies hem vist com s'han fet barricades i llançat tot tipus d'objectes contra els guardians del poder.

Tot i la setmana d'avalots que vam viure, a Catalunya no s'ha deixat de viure en una normalitat absoluta, exceptuant les i els estudiants i alguns altres treballadors i treballadores, que motivats i motivades pels esdeveniments no van presentar-se al lloc de treball. S'ha de dir que la majoria de vegades amb un previ acord amb el jefe corresponent. Però ha sigut dins d'aquesta normalitat ciutadana que hi ha hagut interessants moments de ruptura. La violència, ja sigui en un exercici d'autodefensa o bé amb la intenció de sobrepassar uns límits establerts, espanta a les elits. Així hem pogut veure com tots els presos pels quals es va sortir inicialment al carrer, es desmarcaven dels fets violents, el dia després de l'inici dels aldarulls. L'status quo existent es sosté, en gran part, pel monopoli que el govern espanyol i el de la generalitat tenen sobre l'ús de la violència, és la pèrdua d'aquest monopoli que espanta als governants i és també en aquests moments que es desborda la situació on pot succeir qualsevol cosa, es perd el control de la gent i s'obre un horitzó de possibilitats on hi ha masses números que es giri la truita. Una vegada s'ha arribat a aquest moment, en concret va succeir el dilluns a l'aeroport d'El Prat, la Generalitat i el Gobierno de España han respòs conjuntament coordinant les respectives policies, Mossos i Nacional. Ha sigut quan les manifestants han sobrepassat el mantra ciutadanista "de som gent de pau", quan farts, en la seva majoria, dels polítics espanyols i catalans van deixar de seguir les consignes cíviques marcades, que s'ha esquerdat aquesta falsa pau social imposada. Ha sigut també davant d'aquests moments de ruptura que els partits independentistes han cercat recuperar l'ordre de les manifestacions i concentracions cridant a una protesta pacífica. Escombrant cap a casa, com no podia ser de cap manera, desmarcant-se –també sense claredat- del moments on la violència de la gent sobrepassava qualsevol força policial. Hem de dir també, que la falta de posicionament clar, sobre la violència que hi ha hagut en alguns sectors polítics de l'independentisme parlamentari, respon a un tacticisme polític que busca no perdre un número massa alt de vots i al mateix moment, seguir amb les mobilitzacions que puguin afegir pressió vers el govern central.

Aquests fets, el traspàs de qualsevol límit imposat, ens dibuixa un somriure al rostre i també ens obren un camí de possibilitats per seguir esmolant les diverses cares de l'enfrontament amb l'ordre imperant. La violència ja sigui emprada per un petit grup de individus, determinats a colpejar estructures i persones o bé en grans manifestacions com les viscudes els últims dies, és sempre necessària reproduïble i contagiosa si es vol arribar a la subversió completa del món que ens envolta.

CONTRA TOT ESTAT
CONTRA TOTA AUTORITAT

La misèria cotidiana d'una vida buida de sentit, no es pot omplir amb urnes, partits o democràcia.

La nostra proposta és clara i sincera: l'autorganització i l'autogestió de la lluita, l'enfrontament amb la policia, l'atac als seus temples econòmics...

Per la nostra autodeterminació, individual i col·lectiva...

LLUITA SENSE LÍDERS NI DIRIGENTS